

# *Cómo se siente un cristiano en 1972*

I. La palabra que más se usa cuando se habla de religión en los últimos años es la palabras "crisis". Todos los vocablos que significan desconcierto, perturbación, declinación o fracaso surgen tan pronto como se empieza a tratar de cuestiones religiosas, y en particular del catolicismo. Es cierto que no son pocos los teóricos de la religión que en sus escritos o conferencias dan la impresión de que el catolicismo se está desmoronando, y si se aguza el oído es fácil percibir en su voz —en su estilo— un matiz de complacencia. Cuando el río suena... Algo de todo esto habrá sin duda, pero convendría preguntarse cuánto; y antes todavía, y con mayor rigor, desde cuándo; y todavía más, qué es eso que está pasando.

**JULIÁN  
MARÍAS**

Cuando no se es joven, o no se lo es demasiado, forzosamente se está hablando a personas de varias edades distintas. Y la edad no consiste tanto en más arrugas o más canas, en endurecimiento de las

arterias o torpeza de movimientos, como en el hecho de que unos han empezado a vivir antes que otros; que unos han asistido a lo que para los más jóvenes son solo recuerdos históricos — o tal vez olvidos—. El escritor oscila siempre entre dos posibilidades: suponer que los lectores saben lo que él sabe, y por tanto no decirlo, o darse cuenta de que muchos lo desconocen, y arriesgarse a comunicarlo, a sabiendas de que los más viejos no necesitan que se les diga. Si se piensa, sin embargo, que la capacidad de olvido es casi ilimitada, que los hombres no recuerdan —o hacen como que no recuerdan— cosas muy recientes, vale la pena exponerse a repetir lo sabido, mejor que dar por supuesto lo que la mayoría ignora.

Así ocurre con la situación religiosa de hace muy pocos años, menos de quince, quizá solo una decena. Los jóvenes, por razones obvias, no tienen idea de lo que ha sido la situación del católico; muchos que no son jóvenes parecen haberlo olvidado. Yo tengo el más vivo recuerdo de haberme sentido "mal", aunque siempre "dentro". Nunca he admitido que se pueda estar dentro de la religión "condicionalmente" —del mismo modo que no me parece aceptable que se pueda ser español condicionalmente, quiero decir si los gobiernos lo hacen bien y a nuestro gusto—. La tentación de apostasía —salvo en caso de pérdida de la fe— es siempre injustificada: ningún "malestar" es suficiente. En todo caso, y si el malestar es muy grave, siempre me he sentido más inclinado a "que se vayan ellos" (los que me estorban excesivamente para ser adecuadamente católico, o español, o lo que sea) que a irme yo de aquello a que radicalmente pertenezco.

Y hay que adelantar que cualquier malestar religioso actual es pálido al lado de los antiguos. Cualquier complacencia de estos días con fuerzas temporales no muy simpáticas o no muy cristianas es mínima al lado de la entrega sin reservas a otras fuerzas que estaban aún más lejos del cristianismo. Conviene recordar la inclusión en el índice de obras de Bergson y de Unamuno, la cerrilidad de la hostilidad de muchos eclesiásticos a Ortega, la acogida que algunos, y bien relevantes,

dispensaron a Himmler, la ausencia total de censura a uno de los beligerantes en la guerra civil, la prohibición en España de la encíclica de Pío XI *Mit brennender Sorge*, que hace treinta y dos o treinta y tres años había que leer clandestinamente y no sin riesgo, importada de Inglaterra; el hecho de que solo una voz episcopal<sup>(1)</sup> previniera en nuestro país contra los peligros religiosos del nacional socialismo —hubo otra después de la derrota de Alemania, que me hizo recordar el viejo refrán "A moro muerto, gran lanzada".

En 1963 escribí un artículo sobre Juan XXIII que apareció unos días después de su muerte. Terminaba con esta frase: "Si fuera costumbre dar títulos a los Papas, mi elección sería fácil: *Juan XXIII el Libertador*". ¿De qué? Naturalmente de la Iglesia. Y ¿de qué cadenas, de qué servidumbre, la había libertado? Por supuesto, de sí misma, de su entrega a un fracción suya que se arrogaba demasiado injustificadamente su representación. En noviembre del año siguiente tuve la fortuna de asistir a unas cuantas sesiones del Concilio Vaticano II (el lector curioso puede encontrar mis impresiones y comentarios en el ensayo "Panorama desde el Concilio"). Para mí significó ante todo el descubrimiento de la "verdad" de la Iglesia, de lo que realmente era ya, algo bien distinto de lo que se decía y parecía. Se vio entonces que la Iglesia — la jerarquía eclesiástica, concretamente, quería la libertad (no se resignaba a ella, o se aguantaba con ella). Se realizaba a buen paso la desvinculación entre el catolicismo y lo que no es él, el desprendimiento de las adherencias o excrecencias que el tiempo había ido depositando sobre su realidad. Y el cristianismo aparecía desnudo, como religión, no como una ideología o la defensa de un sistema político-social o un freno — cuando más bien debería ser una espuela — o un anacronismo — cuando es una doctrina de esperanza y por tanto de futuro — . En el Concilio se advertía lo que

---

<sup>(1)</sup> La del obispo de Calahorra, don Fidel García Martínez, que acaba de morir, a los noventa y tres años, en febrero de 1973

tanto tiempo parecía faltar: entusiasmo religioso, no el falso entusiasmo de la beligerancia.

\*\*\*

Este entusiasmo es lo que ha desaparecido en proporción alarmante en los últimos cinco o seis años — conviene reparar en cuántas cosas han empezado a deteriorarse poco después de 1965 — . Los más optimistas y mesurados confesarían hoy que sienten grave preocupación. Los Seminarios están casi vacíos — después de haber estado en algunos países demasiado llenos — ; se acusa la falta de vocaciones, aunque conviene no olvidar que en otros tiempos se llamaba con frecuencia "vocación" al deseo de un niño — o de sus padres — de abandonar el arado y ascender en la escala social; entonces se llamaba "vocaciones tardías" a las que se habían manifestado alrededor de los veinte años; yo decía muchas veces que prefería llamarlas simplemente "vocaciones". Hay frecuentes deserciones de la Iglesia: sacerdotes que piden su secularización — o se la toman — , a veces por motivos serios y respetables, en ocasiones por otros que sería más difícil justificar. Hay otro síntoma quizá más inquietante: el de tantos seglares que permanecieron fieles a la Iglesia cuando realmente no era fácil, cuando las tentaciones eran muy fuertes, y que ahora le vuelven la espalda con indiferencia o desvío, precisamente en la sazón en que ha sido más fácil ser católico para un hombre inteligente y honesto.

Es también verdad que con pretexto de la renovación litúrgica se han hecho sacrificios innecesarios. De la autorización de celebrar la misa en las lenguas vivas no se sigue la proscripción del latín, de unos textos cuya dignidad literaria —y su carácter de "lengua sacra" y no trivial— les da un valor estrictamente religioso. Se ha suprimido casi enteramente el latín, precisamente en países de lenguas latinas, tan próximas, desde las cuales el latín es fácilmente accesible —no es lo mismo la misa latina para un español o un italiano que para un húngaro o un polaco—, y cuando una ya

larga educación litúrgica había conseguido que muchos miles de personas que no sabían latín para leer a Horacio o a Tácito fuesen capaces de seguir el Misal latino. En las lenguas vivas, no era necesario preferir versiones pedestres a otras más levantadas y perfectamente inteligibles, o reemplazar fórmulas perfectas y rigurosamente evangélicas por otras inexactas e inertes; por ejemplo, cuando se sustituye el esencial vocativo de la súplica del centurión — *Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum, sed tan-tum dic verbo et sanabitur anima mea*— por el nacido enunciado "una palabra tuya bastará para sanarme".

La música ratonil que demasiado a menudo se oye en las iglesias, los cantos de vaga filantropía nos hacen echar fuertemente de menos el canto gregoriano. Se habla mucho de sentido "comunitario" en abstracto, y ello se une al desprecio por las formas realmente comunitarias de la religión, populares y verdaderas, a veces con una carga de "impureza" que las hace más humanas y efectivas. Al mismo tiempo, con increíble desdén por la capacidad de comprensión de lo que se llama "el pueblo de Dios", se tiende a despojar a los textos litúrgicos de todo lo que supongo algo de elevación conceptual o de finura mental, como cuando en la espléndida fórmula "Líbranos, Señor, de todos los males, pasados, presentes y futuros", se suprimen las cuatro últimas palabras, como si el pueblo no pudiese entender esa maravilla de que Dios nos puede librar de los males pasados, de que puede hacer que los males que nos han pasado dejen de ser males

Por análogas razones, se desdibuja muchas veces el contenido específicamente religioso y sobrenatural de la religión: rara vez se habla de gracia, rarísima vez de pecado, casi nunca se alude, al menos con insistencia y eficacia, a la resurrección de la carne; después de haber reducido la moral al sexto mandamiento, parece haberse suprimido ese mismo mandamiento.

Se desliza también en la práctica y en la predicación una vena de demagogia —de varias demagogias—. Se llega al punto de escamotear las referencias al "poder"; ciertamente tengo infinita repugnancia al poder abusivo —prepotencia— de cualquier clase de dictadores; pero confieso mi incapacidad de entender que ningún cristiano ponga reparos al poder de Dios. Y es notoria la tendencia a la temporalización de la predicación actual; pero hay que advertir que nunca en el grado de antes: hace algo más de treinta años escuché, con no mucha paciencia, una homilía sobre las superioridades respectivas de la infantería alemana y la española; en otra ocasión, un panegírico del dictador ecuatoriano García Moreno; en tantas más, la deformación de la obra de un autor o la glorificación de un sistema político imperante. Conviene refrescar la memoria de los olvidadizos.

//. Si nos preguntamos por la última raíz de muchas desviaciones, antiguas y recientes, de la vida del cristianismo, especialmente de las que se derivan de la actitud de los sacerdotes, encontraremos que responden a una deficiente vocación. No quiero decir con esto que les haya faltado al *abrazar* el estado sacerdotal; en muchos casos han ido a él por motivos secundarios y extrínsecos, pero en otros muchos han partido de una auténtica vocación. Sin embargo, por rutina, por presiones ambientales, por insuficiente preparación, por tentaciones hacia diversas formas de temporalidad, la vocación puede atenuarse o desvanecerse. No se repara lo bastante en el hecho de que las vocaciones pueden ser transitorias: es frecuente el hombre de viva vocación intelectual en su primera juventud, al cual, entrado en la madurez, "se la pasa", y es sustituida por la vocación política, o la de ganar dinero, o la de figurar en sociedad. El lado humano de la vocación religiosa no está libre de estos desfallecimientos.

Esto explica la predilección que muestran algunos sacerdotes y religiosos por temas ajenos a su ministerio, sobre los cuales acaso tienen escasa competencia y ninguna autoridad: sociología, economía, por ejemplo. Antes se orientaban más bien a la política o la filosofía, pretendiendo una autoridad que no pueden conferir unos cursos de Seminario. Produce malestar el espectáculo del sacerdote a quien parece "aburrir" la religión, que está ávido de desentenderse de ella para deslizarse a las ideologías, la reforma de las "estructuras", los sistemas económicos, las unidades sociales o diversos métodos para hacer felices a los hombres — en este mundo y aunque sea a la fuerza.

En España, donde persiste, y bien visiblemente, la antigua actitud, donde todavía tienen demasiada actualidad posiciones que nunca debieron tomarse, se está dando la tendencia a una polémica *extrarreligiosa* — esto es lo grave — entre dos fracciones de la Iglesia, quedando la religión, desamparada y desatendida, en medio.

\*\*\*

Hace cerca de veinte años, en 1953, en un artículo que fue prohibido en España y tuvo que publicarse en *La Nación*, de Buenos Aires ("Dios y el César", en *Ensayos de convivencia, Obras*, III), escribí unas líneas que es oportuno recordar:

"Todo esto procede de un espíritu, frecuente en nuestro catolicismo español, bien ajeno al catolicismo como tal, y que se podría llamar 'insaciabilidad'. Hay demasiadas gentes en España que no se contentan con que alguien sea católico; no basta con que se crea en los artículos de la fe, se reciban los sacramentos y se cumpla en lo posible el decálogo; hace falta además opinar que el único catolicismo auténtico es el español; hay que adoptar determinadas posiciones políticas, de las que no se sienten solidarios los católicos del resto del mundo; hay que ser tomista en

filosofía; hay que creer que Balmes es un gran filósofo, que la solución de los problemas españoles está ya en los libros de Menéndez Pelayo; tiene que preferirse la poesía de Gabriel y Galán a la de Jorge Guillen; hay que pensar que el arte español es necesariamente realista, que Amor Ruibal es más importante que Unamuno, que es mejor pintor Gonzalo Bilbao que Picasso, mejor novelista Navarro Villoslada que Baroja, que el Filósofo Rancio era mejor católico que Jovellanos, que un periódico debe parecerse más a *El Siglo Futuro* que a *El Sol*, hay que opinar que el cine español está lleno de 'espiritualidad', que si interesa Donoso Cortés no puede interesar Valera, que la única lógica posible es la aristotélica, que hay planes de bachillerato intangibles, que la moral cristiana es idéntica con los usos de la pequeña burguesía de las provincias españolas. Probad a discrepar en un punto, el más minúsculo, y veréis cómo esas gentes cierran contra vosotros. Decid simplemente que es lícito elegir entre el teatro de Pemán y el de Lorca, entre la prosa de Ricardo León y la de Azorín, entre *La Vie intellectuelle* y *Razón y fe*, y experimentaréis inmediatas consecuencias. Intentad decir, sobre todo, que no siempre es forzoso elegir, que en España caben muchas cosas, que han sido españoles egregios Cervantes y Quevedo, Zurbarán y Murillo, Luis Vives y Pizarro, Menéndez Pelayo y Giner de los Ríos, Galdós y Zorrilla, Castelar y Asín Palacios; que para entender a España tenemos que leer a Larra y a Cadalso, a Forner y a Moratín, *España invertebrada* y *En torno al casticismo*, *Defensa de la hispanidad* y *España en su historia*, *En Flandes se ha puesto el sol* y *Campos de Castilla*; decid que España no tiene por qué ser un sistema de exclusiones, y veréis cómo se os excluye, cómo se os amenaza —sin omitir alusiones a las armas de fuego, sin dejar de recordar que las doctrinas son sustentadas por personas— desde una revista escrita por religiosos.

"Desde el punto de vista español, todo esto es muy grave. En lo religioso, cuando se tiene fe viva y cabeza un poco clara, el riesgo no es grande. Pero, ¿y esas personas de fe vacilante? ¿Y esas otras que, fuera de la fe, sienten su llamada? Tanta confusión, ¿no podrá



ahuyentarlas? ¿No ocurrirá que muchos hombres no lleguen a ser católicos o dejen de serlo por la soberbia de unos cuantos que se creen dueños de todas las verdades? Por ejemplo, para que algunos señores se den el gusto de suponer que saben filosofía".

Estos peligros, que yo señalaba hace un par de decenios, ¿se dan hoy? Temo que sí, aunque con otros contenidos, en diferentes direcciones, en nombre de principios distintos y aun opuestos, pero que tienen de común con aquellos el *no ser religiosos*. Cuando se plantea la cuestión de si la Iglesia debe ocuparse de los problemas del mundo —desde la economía hasta el pensamiento filosófico, pasando por la política, la estética o las relaciones personales—, suele deslizarse un insidioso error: olvidar que tiene que ocuparse de todo eso, porque la religión afecta al hombre entero, pero *religiosamente*. La religión no es para la otra vida solamente, sino por lo pronto para esta; no está referida exclusivamente al Paraíso, sino desde luego a este mundo en que vivimos y nos afanamos; pero claro que una consideración que atienda solo a esta vida y este mundo *no es religiosa*; toda referencia a los problemas temporales que los aisle de los espirituales, que hable del hombre eliminando a Dios, pierde todo derecho a invocar la religión, y en modo alguno puede cubrirse con la apelación al cristianismo.

Si se quisiera nombrar con una sola palabra el conjunto de desviaciones y riesgos que perturban hoy la vida cristiana, que hacen sentir disminuidas las esperanzas nacidas del último Concilio, yo elegiría esta: "malversación". El Diccionario de la Lengua Española define así el verbo "malversar": "Invertir ilícitamente los caudales públicos, o equiparados a ellos, en usos distintos de aquellos para que están destinados". Esta podría ser una buena definición de los males presentes de la Iglesia: se están invirtiendo las enormes riquezas religiosas ganadas en los últimos años, la fabulosa ampliación de posibilidades religiosas iniciada con Juan XXIII y

consumada a lo largo del Concilio, y ante todo la libertad recobrada, en *usos distintos*, con otros fines.

Al decir que esos usos son distintos, no quiere decirse que sean malos; a veces son excelentes, otras no tanto. Pero, desde el punto de vista cristiano, son en todo caso *inferiores*. Se está subordinando lo que más importa a lo que, aun importando, importa menos; se están proyectando sobre la religión preocupaciones e intereses legítimos que, tratados independientemente, son inobjetables. Se está tratando de pasar bajo el pabellón cristiano un amplio surtido de mercancías que necesitarían un atento examen.

Esto no es nuevo; al contrario, es viejísimo; es una antiquísima corruptela de la fe; por eso he querido recordar mis palabras de 1953. Todas las preferencias que yo enumeraba eran, por supuesto, lícitas; cuando yo hablaba de que se pueden preferir unas cosas u otras, unos nombres u otros, estas obras o aquellas, no hacía una concesión retórica; pensaba que, en efecto, se puede optar, se puede elegir. Lo que rechazaba con imprudente energía en aquella fecha es que la elección viniese "dada" con la religión; que fuese consecuencia de la condición católica. Las preferencias políticas han de justificarse políticamente; las filosóficas, filosóficamente; las estéticas, por motivos estéticos. Si la religión cristiana tiene que decir algo será solo algo religioso: de la actitud cristiana se derivan consecuencias que son inconciliables con aquello que destruye el núcleo del cristianismo: la libertad y personalidad del hombre, su derecho a ser tratado como persona y no como cosa, su capacidad de pecado y arrepentimiento, su fraternidad, fundada en la paternidad divina, su proyección esperanzada hacia otra vida perdurable, apoyada en la resurrección de Cristo.

Cuando el cristiano afirma esta interpretación de lo real, pese a quien pese, se está ocupando del mundo, y las consecuencias

pueden ser muy largas; pero cuando se desentiende de este contenido y ataca o apoya posturas temporales por otros motivos pero en nombre del cristianismo, está cometiendo la malversación tantas veces realizada a lo largo de dos milenios.

Habría que preguntarse todavía una cuestión más concreta: ¿cuáles son las consecuencias de la particular malversación de nuestro tiempo, de aquella a la que asistimos desde hace cuatro o seis años?

///. Por debajo de anécdotas más o menos estridentes pero sin gran alcance, más allá de rebeldías epidérmicas, accesos de politización, tentaciones de frivolidad o simples modas, lo más grave que está sucediendo después de 1965 en el ámbito del cristianismo es la crisis religiosa de los jóvenes.

Entendámonos. Siempre hay una "crisis" religiosa de los jóvenes, por razones antropológicas estructurales, y si se intenta impedirlo solo se consigue a costa de lo religioso o de lo juvenil; quiero decir, aplastando lo que la juventud tiene de nueva edad, de constitución de la personalidad, o eliminando el carácter religioso de la religión reduciéndola a un sistema de usos sociales, una muerta rutina o, lo que es peor, una imposición. En la *Antropología metafísica* he precisado las razones teóricas de que esto sea así. El muchacho o la muchacha son necesariamente "otros" que el niño o la niña que han sido, y por eso el niño es siempre una incógnita: no se sabe, ni se puede saber, "quién" —qué persona— será. Al llegar a la adolescencia, hay que "revalidarlo" todo: estimaciones, amores, creencias. Las religiosas también, por supuesto.

No se excluye que el joven siga creyendo en lo que antes creía, o siga queriendo a las personas que eran objeto de su afección; pero *de otra manera*, desde su recién estrenada personalidad adulta,

con un nuevo enfoque. La mera "continuidad" inerte suele ser síntoma de falta de vivacidad, de autenticidad, de realidad, en suma. Y entre un enfoque y otro hay un momento inevitable de desenfoco, de la condición humana, el precio que hay que pagar por el carácter personal, libre, cambiante, dramático del hombre.

El joven, al entrar en la vida histórica, al tomar posesión de sí mismo, al intentar por primera vez separarse de la placenta originaria y vivir desde sí mismo, al hacer una esencial experiencia de soledad — por muy acompañada que parezca cuando se la ve desde la madurez—, entra en crisis. La religión se vive inicialmente en forma puramente *credencial*, hay un momento en que no basta con ello, en que la mera "creencia" tiene que ser propiamente "fe" —y la fe no puede ser "la fe de nuestros padres", sino que ha de ser la de cada uno de nosotros—. La duda es precisamente aquello de que se nutre la fe personal, siempre inquieta, siempre conflictiva. El adulto volverá quizá a creer "lo mismo que antes", pero nunca "de la misma manera que antes". Al final de su vida, San Pablo escribe: *Bonum certamen certavi, cursum consumavi, fidem servavi* (II Tim. 4,7): "He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado la fe". Esta es la actitud adulta, la que nunca podía ser siquiera inteligible para un niño.

Entonces, ¿cómo puede decirse que sea grave e inquietante la crisis religiosa de los jóvenes? Me explicaré: lo que me inquieta es *esta crisis*, esta forma de crisis. En los últimos años —y no antes— la crisis religiosa de los jóvenes *consiste en que no suele haberla*. Tengo la impresión de que es infrecuente que los muchachos pasen por un período de duda, preocupación, tensión, angustia. No hay propiamente "crisis", juicio, discernimiento, discriminación, examen. Más bien se trata de una "evaporación" de la creencia religiosa al entrar en contacto con la sociedad histórica (me refiero primariamente a España, que es lo que conozco más de cerca, pero mi impresión es que las cosas no son muy distintas en otros países).

Si esto es así, lo que se produciría es la "volatilización" de una vigencia social. ¿Cómo y por qué? Lo decisivo sería que al llegar a la juventud se entraría en el dominio de una nueva vigencia, igualmente social. El niño cree lo que "se" cree; al llegar a la frontera de la edad adulta, empezaría a no creer en lo que "no se cree". De ahí la falta de angustia, de duda, de incertidumbre. No se trataría —si mi impresión es cierta— de una *cusís personal*, sino estrictamente lo contrario. De ahí el extraño carácter "impersonal", automático, exento de dolor, desgarramiento y dramatismo, de la supuesta crisis religiosa de los jóvenes de alrededor de 1970.

Se dirá: ¿es que la religión cristiana tenía vigencia hace unos cuantos años y ha dejado de tenerla? Hace mucho tiempo que la religión no tiene vigencia en Occidente, aunque haya en él muchos hombres religiosos. En 1949, en París, recordé que el *mundo ya no era cristiano*, aunque lo fuesen innumerables personas. Lo que pasa es que en algunos países —España desde luego—, el cristianismo ha tenido vigencia "oficial", no sólo en el sentido de que el Estado sea confesional, sino en el que Ortega daba a esta palabra desde 1914 cuando hablaba de la "España oficial" contraponiéndola a la "España real". Esa actitud, que contaba con el apoyo tácito de la Iglesia, no lo tiene ya desde el Concilio, y muestra más a las claras su carácter convencional, puramente temporal, poco o nada religiosa. Esa vigencia es, para los jóvenes de hoy, literalmente contraproducente y da un primer impulso hacia la crisis religiosa.

Pero ahora viene lo más grave. Si no fuera más que esto, los jóvenes se apartarían de esa vigencia social y política y quedarían en franquía para el acceso a *la fe personal*. Lo malo es que en ese momento entran bajo el influjo de otra vigencia, la vigencia del descreimiento, de la mera "ausencia" de religión. ¿Es esta la vigencia de nuestro tiempo? No lo creo así: es una *vigencia juvenil* de estos años; es decir, una vigencia de los hombres y mujeres nacidos —en España— entre 1939 y 1953 *en su fase*

*juvenil* Salen de una vigencia para entrar en otra. Y no les llega, al menos por el momento, la hora de la auténtica decisión personal.

Los sacerdotes al estilo antiguo, los que se llaman "preconciliares", inspiran poca simpatía a los jóvenes; se les presentan afectados por demasiados compromisos, demasiadas complacencias, demasiada incomprensión de lo que en el fondo de sus almas alienta. Ejercen sobre ellos poca ejemplaridad, escaso atractivo. Los sacerdotes jóvenes y "postconciliares" les son mucho más simpáticos, están más cerca; pero no se les presentan casi nunca como sacerdotes. Parecen disculparse de serlo, o no tomarlo muy en serio, o creer que es mejor olvidarlo. En vista de que no es bueno que los sacerdotes tengan y ejerzan poder, han decidido no tener ni ejercer autoridad. En suma, no prestan a los jóvenes, en muchos casos, el *servicio* a que estos tienen derecho y que no consiste, por supuesto, en adularlos y darles la razón. El servicio que el piloto tiene que prestar a sus pasajeros no es ciertamente llevar el avión por la ruta y a la altura que ellos propongan.

\*\*\*

Esta es, si no me engaño, la situación del cristiano en 1972. Los tártagos no son pocos; los motivos de preocupación, abundantes; los peligros, y bien graves, están a la vista. Hay innumerables gentes, algunas oficialmente responsables, que están dispuestas a hacer almoneda de dos mil años de cristianismo y cambiarlo por cualquier quincalla reluciente, como la madre de Aladino esta ávida de cambiar la vieja lámpara por una recién salida del bazar. A esto es a lo que he llamado "malversación".

Pero lo decisivo es que todo esto sucede después de Juan XXIII y del Concilio Vaticano II, es decir, después de la reconquista de la libertad religiosa. Y esa es la gran riqueza: las posibilidades. El más descontento de 1972 puede hacer lo que no podía hacerse hace quince

años: quejarse, rectificar, oponerse, pedir otra cosa, decir lo que piensa: lo estoy haciendo.

Hoy — como ayer, como siempre — hay que invocar la palabra de Cristo, la revelación, la enseñanza de la Iglesia, los hechos verdaderos: la diferencia a favor nuestro es que *hoy puede hacerse*. Se pueden usar rectamente los caudales del cristianismo, sin que nadie lo estorbe: se puede hacer teología (que nadie se queje de su ausencia si él no la está haciendo); se puede vivir la vida sacramental y sobrenatural; se puede cuidar la liturgia; se puede defender la verdad y la justicia sin excepciones; y se puede no olvidar que la suprema injusticia es la privación de la libertad, porque este es el bien superior que nos permite buscar, reclamar, defender todos los demás, y donde la libertad falta no la hay siquiera para decir que no la hay y clamar por ella.

Si se me pidiera una respuesta concisa, en una sola frase, a la pregunta que he formulado, "cómo se siente un cristiano en 1972", yo contestaría sin vacilar: "Mal, bastante mal; pero mucho mejor que antes".

*Innovación y Arcaísmo. Julián Marías. Alción. Espasa Calpe 1972.*